

LA TARDE MUERTA

Alberto de Casso

VIII Certamen Internacional Leopoldo Alas Múguez

Sin la autorización por escrito de la editorial, no se permite la reproducción total o parcial de esta obra ni tampoco su tratamiento o transmisión por ningún medio o sistema.

De igual manera, todos los derechos que de ella dimanen, cualquiera que sea la naturaleza de estos, así como las traducciones que puedan hacerse, incluyéndose igualmente las representaciones profesionales y de aficionados, las películas de corto y largo metraje, recitación, lectura pública y retransmisión por radio o televisión, quedan estrictamente reservados. Se pone un especial énfasis en el tema de las lecturas públicas, cuyo permiso deberá asegurarse por escrito.

Las solicitudes para la representación de esta obra, de cualquier clase y en cualquier lugar del mundo, habrán de dirigirse a Sociedad General de Autores y Editores, SGAE, en la calle de Fernando VI número 4, 28004 Madrid, España.

Alberto de Casso **LA TARDE MUERTA**

Primera edición, 2015

© De *La tarde muerta*: Alberto de Casso

© De los textos preliminares: sus autores

© Para esta edición: Fundación SGAE, 2015

Coordinación editorial: Pilar López. Diseño gráfico: José Luis de Hijes

Maquetación y procesos digitales de edición: bolchiroservicios.com

Corrección: Marisa Barreno. Imprime: Estugraf Impresores, S. L.

Edita: Fundación SGAE

Bárbara de Braganza, 7, 28004 Madrid

publicaciones@fundacionsgae.org

www.fundacionsgae.org

ISBN: 978-84-8048-873-0

ISBN electrónico: 978-84-8048-874-7

D L: M-28589-2015

La tarde muerta

Personajes

LORENZO: *Un hombre, abogado de prestigio, cercano a los cincuenta.*

EL PADRE ROMÁN: *Un sacerdote anciano, cercano a los ochenta.*

ÁGUEDA: *Una niña de nueve años, hija de Lorenzo, una semipresencia.*

Época actual. Despacho en una residencia eclesiástica.

ESCENA PRIMERA

Un sobrio y sombrío despacho en una residencia eclesiástica. La puerta de doble hoja acristalada está abierta a una balconada en la tarde muerta de julio y llega el rumor disperso de la circulación y los ruidos metálicos y estridentes de una obra cercana. Una mesa larga y estrecha de madera antigua y noble. En la cabecera, un sacerdote. Viste con una chaqueta gris y un discreto alzacuello. A pesar de su ancianidad, y su pelo blanco y lacio, se mantiene muy erguido y tiene una mirada vigilante y vidriosa, capaz de leer los pensamientos más turbios, y posee una rigidez envarada, que a cualquiera que no lo conociera sería capaz de hacerle enrojecer. En la cabecera de la otra mesa se halla un hombre que ronda la cincuentena, aunque acaso todavía conserve en su cara algunos rasgos de niño despierto. Viste con una chaqueta muy elegante y parece sumamente abatido. Encima de la mesa se encuentran una cartera de piel negra y brillante y un ordenador portátil, que deberían denotar su profesión de abogado de prestigio.

Ambos beben café con sorbos lentos y silenciosos, como si la conversación se hubiera estancado en una pausa gravosa y no supieran cómo continuarla.

Sobre la mesa, frente al padre Román, se encuentra un crucifijo con un Cristo de marfil cuyo madero, algunas veces, el sacerdote acaricia maquinalmente.

En la escena contigua, de espaldas al espectador, se halla una niña sepultada en una butaca, que sigue con una atención retraída la televisión sin sonido. Apenas vemos de ella más que una mano o parte del hombro o su cabello rubio, pero nunca su rostro ni el cuerpo completo.

LORENZO.— *(Como si le hubiera costado mucho decirlo)* Hace ya un mes que ella no me habla.

El sacerdote bebe café. Le mira. Suspira. Vuelve a beber. Lorenzo remueve su poso frío y bebe el último trago. Acaricia y agarra el crucifijo.

PADRE ROMÁN.— ¿Se te ha quedado frío?

LORENZO.— No se preocupe. *(Pausa)* Es para mí... algo insoportable y muy... sumamente... Iba a decir..., iba a decir..., pero... es peor... peor... que eso...

PADRE ROMÁN.— Comprendo.

LORENZO.— ¿Seguro que comprende?

PADRE ROMÁN.— ¿Qué edad tiene ella?

LORENZO.— Nueve años. Bueno..., en diciembre hará diez. Águeda cumple diez años el mismo día de Navidad.

PADRE ROMÁN.— Me refiero a tu esposa.

LORENZO.— ¿Mi esposa? Pues... ella cumple..., ella tiene... Perdone, padre Román, pero... creo... que es el exceso de trabajo. Hay veces que se me olvida hasta la edad de mi mujer. Ella tiene..., pero de quien yo quería hablarle es de mi hija Águeda. Lleva un mes sin hablarme. Un mes entero sin hablarme.

PADRE ROMÁN.— ¿Ni siquiera te da las buenas noches?

LORENZO.— Bueno..., algunas veces..., algunas veces... porque su madre la obliga. Me da un buenas noches ahogado... e inexpressivo.

PADRE ROMÁN.— ¿Y cómo te gustaría que te diera las buenas noches? ¿Dando una zapateta?

LORENZO.— Antes... ella... era mucho más cariñosa. Mucho más expresiva. Mucho más, sí, mucho más expresiva. Se subía encima de mí... de mis rodillas... y me ponía... sus..., quiero decir, que me abrazaba. Y me daba las buenas noches... veinte veces... por lo menos..., porque, en realidad, no se quería apartar de mí ni a sol ni a sombra. La tenía que llevar yo en volandas a la cama y... ahora, ahora sale de la habitación, le da un beso a su madre y a mí... normalmente... casi... ni me mira. Como si fuera invisible para ella. Me pregunto si estará... pasando una..... una crisis transitoria.

PADRE ROMÁN.— ¿Siendo tan pequeña? ¿Una crisis? ¿Cuántos años decías que tiene?

LORENZO.— Nueve años.

PADRE ROMÁN.— Con nueve años el alma apenas está formada.

LORENZO.— ¿Qué quiere decir con eso?

PADRE ROMÁN.— Que los niños no tienen apenas capacidad para amar o para odiar.

LORENZO.— Ella sí considero que tiene una fuerte capacidad para sentir... y también para odiar. A veces, quizá le extrañe, a veces, padre Román, me cuesta sostener su mirada, me siento, le parecerá extraño, me siento intimidado por la mirada de mi propia hija. Me mira... con una profunda desconfianza, por no decir otra cosa. Ayer le compré un regalo: una muñeca rubia preciosa con su tocador y varios trajes de noche... Se la di con toda la ilusión... y ¿puede imaginar cómo reaccionó? Se lo diré. Ni siquiera se molestó en romper el envoltorio. La dejó ahí tirada encima de la

mesa. Esta mañana todavía, en fin, todavía no había desenvuelto el paquete.

PADRE ROMÁN.— ¿Y tú diste muchas veces las gracias a tus padres o a tus maestros por las miles de cosas que hicieron por ti? ¿Por cada día que te alimentaban, te abrigaban, te arropaban, te atendían cuando estabas enfermo? La ingratitud es el estado natural de los niños y también de muchas personas adultas. ¿Me diste a mí algún día las gracias por haberte educado en la fe cristiana o por haberte enseñado a apreciar las obras sublimes de la literatura, las églogas de Garcilaso, los monólogos de Calderón o los poemas de Unamuno o el amor gozoso en Cristo Jesús?

LORENZO.— (*Desconcertado*) Bueno, de alguna manera..., de alguna manera. En parte, sí. No sé.

PADRE ROMÁN.— No, Lorenzo. No te engañes. La ingratitud es el estado natural de la vida y de los hombres. Si ahora estás aquí, no es más que para desahogarte. No para darme las gracias por haberte aburrido como a un muerto en tus años mozos hablándote de Calderón de la Barca.

LORENZO.— Todavía recuerdo los versos que nos hizo aprender. ¿Cómo eran?... Este de... “ojos hidrónicos creo”... ¿Será posible? Bueno, creía que me acordaba...

PADRE ROMÁN.— (*Recita con voz ronca mirándole a los ojos fijamente*)

*Con cada vez que te veo
nueva admiración me das
y cuando te miro más
aún más mirarte deseo.
Ojos hidrónicos creo
que mis ojos deben ser
pues cuando es muerte el beber,*

*beben más, y de esta suerte,
viendo que el ver me da muerte,
estoy muriendo por ver.*

LORENZO.— Exactamente. Todavía me ponen la carne de gallina.

PADRE ROMÁN.— Creo... que ahora... entiendo mejor estos versos que nunca, ahora que ya no los puedo leer.

Pausa. Lorenzo le mira detenidamente. Él no desvía la vista. Acaricia el crucifijo.

LORENZO.— ¿Qué le dijeron en la última operación?

PADRE ROMÁN.— No hubo última operación.

LORENZO.— Así... que ya no puede... ¿Le cuesta leer... por lo general?

PADRE ROMÁN.— (Ríe) Ni por lo general ni por lo particular.

LORENZO.— ¿No puede ver nada?

PADRE ROMÁN.— Casi nada. Únicamente el vuelo de la paloma del Espíritu Santo. Solo los días despejados, claro.

LORENZO.— La verdad es que no me había dado cuenta. Pensaba que usted podía verme. Si no muy bien, al menos...

PADRE ROMÁN.— Y puedo verte... con la luz de la imaginación y de la memoria.

LORENZO.— ¿Por qué mira usted siempre directamente a los ojos?

PADRE ROMÁN.— Sé dónde están tus ojos, Lorenzo. Como los

cuervos, he aprendido por instinto en dónde están los ojos de las personas que me miran.

LORENZO.— ¿Desde cuándo está así?

PADRE ROMÁN.— Desde hace dos años. Aunque la ceguera ha ido a más.

LORENZO.— ¿Por qué no me dijo nada en las dos visitas anteriores?

PADRE ROMÁN.— No me lo preguntaste.

LORENZO.— Es usted admirable. Su sentido de la dignidad, quiero decir. ¿Y no hay nadie que le lea nada de vez en cuando?

PADRE ROMÁN.— Los otros padres están sumamente ocupados con sus quehaceres altruísticos. Son carne de ONG; detesto a las oenegés con toda mi alma. Ya hasta una puta ramera se puede sentir la madre Teresa de Calcuta al estar dentro de una ONG y mandar unas aspirinas al Congo Belga, a los pobres negritos. Por cierto..., mira para lo que sirven las oenegés esas del demonio. Me contó uno de los padres que ahora una ONG nueva reparte cámaras de vídeo para que la gente grabe los abusos y vejaciones... que... y los derechos humanos, y toda esa gaita. En un hospital de Costa de Marfil les dieron una cámara de esas, porque a veces entraban soldados borrachos a hacer sus perre-rías, a robarles dinero y medicamentos o a reírse de las mon-jitas. Una de las monjas los grabó en una de sus incursiones. Pues bien, esta vez los soldados no se quedaron cortos. Le quitaron la cámara a la desdichada mujer (*Pausa pedagógica*) no sin antes cortarle el brazo con un machete. La desnudaron y, mientras la violaban y mutilaban salvajemente, (*Nueva pausa pedagógica*) uno de ellos lo grabó todo. Luego se lo pasaron al resto del personal en una televisión y los obligaron a aplaudir y a beber con ellos.

El padre Román apura su copa de brandy. Acaricia el crucifijo.

LORENZO.— Es tremendo lo que cuenta. ¿Entonces cree que hubiera sido mejor...?

PADRE ROMÁN.— (*Irritado*) ¿Cómo mejor? ¿Cómo mejor? ¿No ves lo que hicieron esos bestias con las monjas? Sin esa cámara de esa maldita oenegé, esa pobre mujer seguiría viva... y haciendo su labor.

Pausa.

LORENZO.— Padre..., si quiere... que venga un día a la semana para leerle algo, no dude en pedírmelo.

PADRE ROMÁN.— No, prefiero que me hables del mundo y sus laberintos. Sin olvidar algún chismorreo jugoso.

Se oyen los ruidos de una obra cercana.

¿Cómo va esa maldita obra de enfrente?

Lorenzo se acerca al balcón.

LORENZO.— Ya casi terminada. ¿Qué van a construir ahí...?

Pausa. El sacerdote bebe café.

PADRE ROMÁN.— El otro día... se cayó un obrero del andamio.

LORENZO.— ¿No me diga? ¿De qué piso?

PADRE ROMÁN.— Me llamaron para darle la absolución. Estaba hecho papilla.

LORENZO.— ¿Entonces...?

PADRE ROMÁN.— Sí. *(Pausa)* Aunque no sé si le aprovecharía mucho. Era moro.

Esboza una sonrisa esquinada.

LORENZO.— *(Muy desconcertado)* Ah..., entiendo.

El padre explota en una extraña y delirante carcajada. Se levanta y le da una colleja.

PADRE ROMÁN.— Eres tan inocente y tan pardillo... como cuando te calentaba el colodrillo después de vaciarme los cálices. ¿Te acuerdas?

LORENZO.— ¿No era verdad entonces?

PADRE ROMÁN.— ¿Verdad?

LORENZO.— Lo que ha contado. Lo del albañil... marroquí, bueno, moro.

PADRE ROMÁN.— ¿Tú qué crees, Lorenzo? ¿A ti qué te parece?

LORENZO.— Tal como lo contó, parecía... que lo fuera. Que fuera algo que pasó realmente.

PADRE ROMÁN.— Ese es tu problema. Tu suma credulidad. Tu excesiva inocencia, Lorenzo. Piensas que tu hija te odia y te rehúye..., pero no sabes lo que hay dentro de ella, en el fondo. Creas un drama humano donde no lo hay. Siempre fuiste muy unamuniano. ¿O me equivoco?

LORENZO.— No lo sé... Yo...

PADRE ROMÁN.— Las mujeres son muy hábiles y extremadamente hipócritas. A menudo les sale lo contrario —generalmente lo hacen adrede— de lo que quieren expresar. Y disfrutan con el malentendido. Hay que tener paciencia. Mucha paciencia. Debajo del cieno nacen las flores más hermosas. El linaje de Eva es incorruptible.

LORENZO.— *(Saca un papel arrugado, lo alisa con la mano y lo pone en la mesa)* Esto es un dibujo de mi hija Águeda. Un ahorcado, como puede ver. Al lado pone la palabra papá. ¿No le parece suficiente prueba?

PADRE ROMÁN.— *(Ríe hasta que se le quiebra la risa en un ataque de tos)* Tu hija tiene un sentido del humor muy judío. Muy judío. Pero, dime, ¿cuántos años tiene ella?

LORENZO.— Nueve, ya se lo dije.

PADRE ROMÁN.— No, me refiero a tu mujer. ¿Ya te acordaste?

LORENZO.— Sí..., cómo no... Ella tiene, mi mujer... tiene... 37 años.

PADRE ROMÁN.— ¿Dónde quedaron mis treinta y siete? Aunque todavía no tenía esa edad cuando leíamos a Calderón y te calentaba el pescuezo a cachetazos. Me asombra haber vivido tanto y tan rápido. *(Pausa)* ¿Y ella te hace feliz?

LORENZO.— *(Muy desconcertado)* Claro. Muy feliz. Claro.

Oscuro lento. Crece la luz sobre la otra estancia. El despacho queda en una penumbra azulada. Águeda dibuja en un papel muy concentrada. Solo vemos sus manos tenaces pintando el papel. Se oyen en voz alta los pensamientos de la niña.

ÁGUEDA.— Ahora, el amarillo. No, mejor el negro o el gris. El azul. Una línea. Y ahora otra. Y ahora un sol aburrido de mirar o mejor la luna como si fuera el ojo bizco del dragón. Mamá parece triste o aburrida. No le gusta jugar conmigo. Estoy muy cansada. Hace ya un mes que no duermo ni un minuto. Me da miedo cerrar los ojos, porque, cuando los cierro, siento que el dragón verde y feo, y que huele muy mal, que huele a cerilla pisada, que huele a pis de gato, que huele a charco podrido, se tumba a mi lado y me habla muy bajo y me da frío en las piernas y sudor en la espalda..., y me despeina veinte, treinta, cuarenta, sesenta veces. Yo, cuando me meto en la cama, aprieto tres botones para que se cierren todas las compuertas de seguridad..., para que no entre el dragón feo y verde que huele tan mal... No sé si a mamá le gustará este dibujo. Si se lo enseño igual me regaña... Hace tiempo que no le interesa nada lo que le pregunto. Solo ve la televisión sin enterarse de nada, como si no tuviera ojos. Ya ni siquiera se arregla el pelo, ni se pinta los labios, ni se pone pendientes bonitos, ni se echa ese perfume que huele tan bien. Cuando llega a casa, me obliga a comer la caca aplastada de hamburguesa, enciende la televisión y la mira como una tonta, como si no tuviera ojos. Cuando llega papá, se hace la distraída como cuando yo le pregunto. No le he dicho que llevo un mes sin dormir y que no quiero dormir un minuto más en mi asquerosa vida para que no se aparezca el dragón... Y ahora solo me falta pintar al hombre colgando. Ahora la cartera, el ordenador y la corbata de abogado. Ya está. Mamá, ¿te gusta? No te hagas la distraída. *(Imitándola)* Sí, me gusta mucho. Mucho mucho mucho. Como la trucha al trucho. Ni siquiera lo mira y le gusta mucho. Hay que ser tonta de las narices. ¿Sabes qué es? *(Imitándola)* Dímelo tú, cariño..., que estoy aquí empantanada con la cena. ¿Le conoces? ¿Le conoces o no le conoces? Sí, le conoces. Es la persona que más conoces en el mundo entero. ¿A qué no adivinas quién es?

Le muestra el dibujo, hace una bola, la escupe dejando caer lentamente la saliva y la tira por un lateral. Oscuro.

ESCENA SEGUNDA

Lorenzo, con aire agobiado, está consultando su ordenador portátil en la larga mesa eclesial. Entra el padre Román y Lorenzo lo apaga con precipitación. En el salón de su casa, Águeda está leyendo un cuento de dragones. Solo se ven sus manos pasar las hojas y hacerse rizados en el pelo. El padre Román, de pie, se apoya en el crucifijo.

LORENZO.— Buenas tardes, padre Román. Perdona si he llegado demasiado temprano.

PADRE ROMÁN.— No te preocupes.

LORENZO.— Espero no resultarle inoportuno.

PADRE ROMÁN.— Tú nunca eres inoportuno.

LORENZO.— Tenía que haberle llamado antes.

PADRE ROMÁN.— ¿Qué estabas haciendo cuando entré?

LORENZO.— Bueno, estaba consultando mi ordenador.

PADRE ROMÁN.— Los ordenadores. Dichosos ordenadores. Ahí andan dentro Dios y el diablo revueltos.

LORENZO.— ¿Usted..., bueno..., usted... ha consultado alguna vez alguno?

PADRE ROMÁN.— Te recuerdo, querido Lorenzo, que yo nací después del concilio de Trento.

LORENZO.— Sigue con esa manía suya..., quiero decir..., esa afición... de hablar en pareados.

PADRE ROMÁN.— No me he percatado —¿estará despistado?— de que haya parido un pareado.

Lorenzo ensaya una risa forzada. El sacerdote acaricia el crucifijo.

LORENZO.— Claro.

PADRE ROMÁN.— Lo cerraste muy rápido.

LORENZO.— ¿El qué?

PADRE ROMÁN.— El ordenador.

LORENZO.— Bueno..., es que... estaba consultando algo de mi último caso.

PADRE ROMÁN.— ¿Y?

LORENZO.— Pues... nada. Pura rutina. Estoy un poco sobrecargado de trabajo. Y tengo que aprovechar cualquier momento.

PADRE ROMÁN.— No es bueno trabajar tanto. La maldición bíblica era que uno se ganara el pan con el sudor de su frente, pero no con el sudor de su alma. El trabajo esclavo es el espíritu maligno de nuestros días. La gente que está todo el día encerrada en esas luminosas oficinas no puede disfrutar de la vida, ni de los dones divinos ni del amor gozoso de Dios. Desde que cumplí los 18 años, Lorenzo, no ha habido un solo día en toda mi existencia en que yo me haya perdonado una siesta. Ni siquiera el día que murió mi madre. Llegué tarde a oficiar su funeral.